

CAPÍTULO V.

Que pone al lector en camino del capítulo siguiente.

Los tres personajes cuyos perfiles dejo bosquejados en el anterior capítulo, se hallaban una tarde reunidos en la pequeña sala de la modesta casa en que vivía la viuda. Esta habitación se hallaba situada en el piso bajo, porque la casa no tenía más que un piso, fuera de los desvanes que formaban las pendientes de los tejados.

Desde la puerta de la calle se veía una especie de jardín, que ocupaba la parte posterior de la casa, por medio del que se comunicaba con la gran casa que habitaba el hermano de la viuda; ó, más bien, la casa en que ésta vivía era una dependencia de la casa de su hermano, separada del resto del edificio por un descubierto donde crecían algunos árboles, y del que había hecho Rosalía un jardín, llenándolo de macetas que ella misma cuidaba.

Los muebles que adornaban la estancia en que hemos penetrado consistían en los absolutamente indispensables, y cuyo inventario se reduce á unas cuantas sillas con asiento de enea, un sofá de la misma clase, una mesa de nogal, sobre la que se levantaba un espejo de marco negro, entre dos fanales que cubrían dos floreros, obra de Rosalía: sobre la pared del sofá se extendía un lienzo pintado al óleo,

que representaba un *Ecce-Homo*, cuadro de fondo oscuro, en el que el pintor, sin ser consumado en el arte, había sabido dar al rostro de Jesús la doble expresión de la angustia humana y de la grandeza divina: enfrente de la mesa de los floreros estaba el piano, contemplándose en el espejo, y dejando ver en el facistol un cuaderno de música, sobre cuya cubierta amarilla podía leerse en letras altas y estrechas un letrero ondeado, que decía:

ESTUDIOS DE BELLINI.

Algunos marcos de aparente caoba adornaban las paredes, no muy tersas, pero sí muy blancas, ó, mejor dicho, muy limpias; marcos que ostentaban grabados de dudoso mérito, que representaban asuntos del Antiguo Testamento. Sobre la única ventana que daba luz á la sala descendía en dos pabellones una cortina de percal francés, cuyo fondo blanco desaparecía bajo un laberinto de ramos verdes de que estaba sembrada la tela; otra cortina igual colgaba sobre la puerta que daba á los dormitorios de la madre y de la hija.

Sería una lisonja excesiva decir que en esta sala había lujo; lujo relativo, dadas las modestas circunstancias del pueblo en que nos hallamos; pero puedo asegurar que se respiraba en ella cierto ambiente aristocrático, cierto perfume delicado, que daba distinción á la pobreza de la casa; y así lo comprenderán cuantos hayan observado las vulgaridades algo frecuentes en que incurre el lujo más suntuoso; porque, seamos francos, y perdónenos la divinidad del oro nuestra ingenuidad: tener dinero, no es tener buen gusto.

La viuda mantenía el lustre de su familia, que,

como ya he dicho, pertenecía á la primera aristocracia del pueblo, haciéndolo brillar en medio de la pobreza con esa sencilla dignidad que revela, no la pureza de esta sangre ó de la otra, sino el nobilísimo origen del género humano.

No había, ciertamente, en la puerta de esta casa un escudo de armas que atestiguara la prosapia de sus moradores, dando noticia de su antiguo ó reciente abolengo; tampoco el apellido de la viuda ni el de su difunto marido sonaban en el mundo con el ruido de ninguna especie de celebridad; más allá de las últimas tapias del pueblo no serían probablemente conocidos, y, no obstante, entraríais en esta humilde casa con paso confiado y respetuoso, y en presencia de la madre ó de la hija os inclinaríais cortésmente, porque veríais en el semblante de una y otra el escudo de armas de sus nobles sentimientos, y leeríais en ellos estos dos nombres ilustres: bondad y virtud.

Dios ensalza á los humildes y humilla á los soberbios; en ninguna parte se conoce más pronto la pequeñez de los corazones ruines que en la grandeza de los palacios, y en ninguna parte brilla tanto la nobleza del alma como en la desgracia; la pobreza, pues, que rodeaba á la viuda y á la huérfana, venía á ser como la majestuosa oscuridad de la noche, al través de la que resplandecen más vivamente las estrellas, que huyen de la claridad deslumbradora del día.

El alma del hombre se refleja en sus acciones, en sus costumbres, en sus palabras, en sus inclinaciones y en sus deseos, y el alma de la mujer se refleja principalmente en la casa, como quiera que la casa es su verdadero centro, la atmósfera que le es propia, el elemento de su vida moral, el mundo en que verdaderamente vive.

Se respiraba, como digo, en la casa de la viuda el delicado perfume de los nobles sentimientos que se albergaban en los corazones de la madre y de la hija.

Rosalía acababa de sentarse delante del piano, y las teclas respondían á la suave presión de sus dedos, balbuceando notas entrecortadas, de la manera que suelen los niños prorumpir en impacientes gritos cuando sienten los cariñosos halagos de una mano amiga; mas ella no parecía complacida de su habilidad, pues movía la cabeza con mal contenido enojo, como si quisiera decirle al piano: «¡Eh, no es eso, no es eso!», é interrumpiendo la frase musical que se le resistía, volvía á comenzar de nuevo, repasando antes con los ojos el papel de música que tenía delante.

Estaba empeñada en que las cuerdas del piano cantaran con justa precisión las notas unidas que llenaban de misteriosos signos la extensión del pentágrama; pero si su inteligencia comprendía todo el valor de las notas escritas, sus manos, menos ágiles, no acertaban á reproducir las frases con el rigor que ella deseaba.

Luchando con sus dedos rebeldes experimentaba el tormento de los grandes artistas, que no ven nunca en las obras que salen de sus manos aquella perfección ideal con que las han sentido en el pensamiento.

La viuda, sentada al pie de la ventana, teniendo sobre las rodillas una almohadilla forrada de tela de seda, y delante de los pies un canasto de ropa, limpia como los chorros del agua y blanca como los ampos de la nieve, cosía, inclinada la cabeza sobre el pecho, con atención reflexiva, con la natural y majestuosa mansedumbre con que Isabel la Católica

la más grande y la más sencilla de las Reinas, debía coser la ropa blanca de su augusto esposo.

El P. Antonio se hallaba de pie en medio de la estancia entre la madre y la hija, mordiéndose los labios para contener la risa que retozaba en su boca. ¡Ya se ve!: había entrado silenciosamente, y Rosalía, empeñada en vencer la rebeldía de sus dedos, y la viuda absorta, más bien abismada, en la labor que traía entre manos, no habían reparado en la silenciosa presencia del P. Antonio, y éste gozaba sin duda pensando en la sorpresa que iba á causarles.

Debajo del balandrán, y sujetándolo al pecho con la mano izquierda, se notaba un pequeño bulto, dejando traslucir claramente que algo ocultaba, y que debía ser cosa delicada, en razón al cuidado con que sujetaba el bulto que debajo del balandrán se advertía.

Ni Rosalía ni su madre parecían dispuestas á abandonar, la una su actitud reflexiva, y la otra el empeño de vencer la obstinada resistencia de sus dedos inexpertos.

El que haya observado la impaciencia con que los niños desean ser descubiertos cuando juegan á esconderse, podrá formarse una idea de la expresión que se dibujaba en la apacible fisonomía del P. Antonio; pero ninguna de las dos volvía la cabeza, y en vano el antiguo novicio del monasterio, con su maliciosa sonrisa y sus miradas inquietas, parecía decirles: «¡Eh, señoras; aquí estoy!»; mas la hija, en aquel momento, no oía más que los tímidos acentos que se exhalaban del piano; y, en cuanto á la viuda, no veía nada, embebida en su labor, ó embebida en sus secretos pensamientos.

No sé cuánto tiempo habría durado esta escena muda, si un débil gemido, que parecía salir del

seno de la tierra, no hubiera hecho volver la cabeza á la madre y á la hija, dirigiendo ambas los ojos hacia el mismo punto.

Entonces las dos exclamaron á la vez:

—¡Ay! ¡El P. Antonio!

—Eso es (dijo éste); gracias á Dios que han caído Vds. en la cuenta de que no estaban solas. Lo menos hace dos minutos que estoy aquí hecho un poste.

Estas últimas palabras las pronunció con cierto énfasis, como si al decir *dos minutos* hubiera querido expresar *dos siglos*.

Rosalía arqueó sus hermosas cejas, y tomando á la vez una actitud medio sumisa y casi burlona, abandonó el piano, diciendo:

—Perdone V., P. Antonio; otra vez adivinaremos su presencia, si Dios nos concede el don de adivinarla.

Dicho esto, cogió una silla, y la acercó á la de su madre, añadiendo:

—Ahora siéntese V. y descanse, porque después de un plantón de dos minutos mortales, debe V. estar muerto de fatiga.

—Bien (exclamó el P. Antonio, sentándose en la silla que Rosalía le presentaba). Me recibes como siempre, á sangre y fuego, contando con que yo siempre emprendo la retirada ó me entrego con armas y bagajes; pero esta vez no cantes victoria, porque voy á tomar la ofensiva.

—¡Muy bien hecho! (exclamó la madre.) Esta niña tan juiciosa para todo, es preciso que empiece á sentar la cabeza para con V.

—Me moriré de vieja (exclamó Rosalía), y siempre seré la misma para el P. Antonio. Vamos, soy incorregible en esto. Nada me agrada tanto en el

mundo como sacarlo de tino y llenarlo de picardías.

—Niña, niña.... (dijo la viuda sonriéndose.) Tú olvidas que el P. Antonio es un sacerdote.

—Déjela V., señora, que gaste la pólvora en salvas; porque en cuanto yo forme mi línea de combate y le presente la batalla, verá V. qué pronto le apago los fuegos.

Por lo que se ve, el P. Antonio conservaba viva la memoria de sus servicios militares, y mostraba singular predilección por las imágenes y figuras que había aprendido en el lenguaje de los campamentos, y era curioso el contraste que ofrecía su semblante de paz con sus palabras de guerra.

—No me asusta V., P. Antonio; mi superioridad consiste en que conozco á mi enemigo, y sé muy bien cómo se le vence; y si no, veamos.

Diciendo esto, adelantó la cabeza, presentando al padre una sonrisa llena de afabilidad y de gracia.

—He ahí toda tu estrategia (dijo el P. Antonio). Me provocas con las guerrillas de tus palabras, y cuando me preparo á cargar sobre el enemigo, me presentas esa sonrisa, que es tu bandera de guerra, me desarmas, y caigo prisionero. Es una emboscada. Pero has de saber, hija mía, que se han reforzado mis ejércitos, y cuento con un auxiliar muy poderoso para someterte. Verá V., señora (añadió volviéndose á la viuda), cómo le hago rendir las armas.

La madre de Rosalía, que escuchaba con la sonrisa en los labios y sin dejar la costura esta milésima edición de las continuas reyertas de confianza y de cariño entabladas siempre entre el P. Antonio y su hija, se puso repentinamente seria, al oír que el aguerrido sacristán de la ermita contaba con un auxiliar poderoso para vencerla, y mirándolo fijamente, le preguntó:

—¿Tan poderoso es el auxiliar con que V. cuenta?

—Mucho,—contestó el P. Antonio.

—No le temo,—añadió Rosalía.

—Veremos si le temes. No creas tú que es hombre que cede fácilmente. Hoy mismo ha ido á buscarme para ponerse á mis órdenes, decidido á entrar en campaña.

La madre de Rosalía clavó la aguja en la almohadilla sobre la que cosía, apoyó en ella el codo, puso la barba sobre el hueco de la mano en ademán pensativo, y volvió á preguntar:

—¿Hoy mismo, eh?

—Hoy mismo; esta mañana me sorprendió con una visita.

—¿Y qué?

—Hemos tenido una conferencia.

—¡Hola!

—Y el hombre propone un convenio.

Rosalía no pudo contenerse, y preguntó á su vez con viveza:

—¿Quién es ese hombre?

—¡Phs! (contestó el P. Antonio.) Un.... ¡Bah!.... ¿Quién ha de ser?... Un hombre que ha perdido la chaveta.... ¡Ya se ve! (añadió, dirigiéndose á la viuda): ¡el corazón es tan loco! Vaya V. á ponerle puertas al campo.... Ello es bien natural; pero yo me lavo las manos.... En fin: él parece resuelto á quemar hasta el último cartucho, y me ha encargado á mí que averigüe.... Figúrese V. qué embajada.

—¿Qué?—preguntó la madre.

—Pues.... quiere saber si Rosalía ha hecho voto de ser monja....

—¿Qué curiosidad!—exclamó la viuda.

—¡Toma! (añadió el P. Antonio): como que el hombre piensa en pedir su mano.... claro está....

Es una exploración.... y yo.... comprendo que si no piensa ser monja, alguna vez ha de pensar en casarse....

Bajó Rosalía los ojos, y se puso ligeramente encarnada, mientras las mejillas de su madre se tiñeron de palidez repentina.

—¿No lo anuncié?... (siguió diciendo el P. Antonio con la satisfacción del triunfo.) Vea V. cómo le he apagado los fuegos.... Baja los ojos y calla: se le han acabado las municiones.... ni siquiera se bate en retirada. Ahora voy á presentar mi reserva para completar la victoria: el pretendiente á la mano de este demonio de ángel que siempre me está sacando de tino, es....

La palabra se detuvo en los labios del P. Antonio en el momento en que iba á pronunciar el nombre del pretendiente de Rosalía, porque la viuda, llevando disimuladamente el dedo á la boca, le impuso silencio sin que Rosalía lo advirtiera.

Sorprendido y hasta maravillado por esta seña inesperada y misteriosa, hizo un movimiento involuntario, oprimiendo el bulto que sujetaba con el brazo izquierdo debajo del balandrán, y un gemido como el que oímos al principio de esta escena se exhaló, al parecer, de la misma silla en que el buen sacristán estaba sentado.

Rosalía levantó los ojos y miró á su madre. Las dos habían notado el bulto que el P. Antonio llevaba debajo del balandrán, y este segundo gemido hizo que ambas volvieran las miradas hacia él, llenas de cierta curiosidad.

Entonces el P. Antonio dijo:

—Es que tiene hambre.

—¡Hambre!—exclamaron ellas.

—Sin duda.

—Pero ¿quién?—preguntó Rosalía.

—Este ser abandonado que traigo conmigo. Sentí sus gemidos al pasar por el barranco, y me acerqué, y lo recogí, y aquí lo llevo debajo de la sotana; debe tener muy pocos días.... casi recién nacido.

—Pero ¿y su madre?—preguntó la viuda.

—Sí, échele V. un galgo á su madre.

—Deme V. ese niño (dijo Rosalía). Lo va V. á ahogar.... Nosotras le serviremos de madre.—¡Vaya una crueldad haberlo abandonado!

Diciendo así, tendía sus brazos al P. Antonio.

Éste abrió el balandrán, y puso en el regazo de Rosalía á aquel ser abandonado.

Al verlo, la madre y la hija prorumpieron en una exclamación tan viva y tan espontánea, que el padre Antonio, sin poder contenerse, rompió en una ruidosa carcajada.